

cuyo corazón palpitó cuando se vió objeto de todas las miradas. Aunque no era corto de genio, no pudo soportar fácilmente aquella primera prueba, no obstante los alientos que le daba su amada, la cual desplegó todo el lujo de sus reverencias y de sus más preciosas gracias para recibir á las ilustres eminencias de Angulema. El malestar que se había apoderado del poeta fué continuado por una circunstancia fácil de prever, pero que debía asustar á un joven que estaba poco familiarizado con la táctica del mundo. Luciano, que era todo ojos y oídos, se oía llamar *señor de Rubempré* por Luisa, por el señor de Bargetón, por el obispo y por algunos aduladores de la dueña de la casa, y *señor de Chardón* por la mayoría de aquel temible público. Intimidado por las miradas interrogativas de los curiosos, Luciano presentía su nombre plebeyo por el solo movimiento de los labios, y adivinaba los juicios anticipados que se hacían sobre él con esa franqueza provinciana que se aproxima mucho á la descortesía. Estos continuos é inesperados alfilerazos le pusieron aún peor consigo mismo. El poeta esperó con impaciencia el momento de empezar la lectura, á fin de tomar una actitud que hiciese cesar su suplicio interior; pero Jacobo contaba su última cacería á la señora de Pimentel; Adriano hablaba con la señorita Laura de Rastignac del nuevo astro musical, de Rossini; Astolfo, que se había aprendido de memoria en un periódico la descripción de un nuevo arado, hablaba de él al barón. El pobre Luciano no sabía que ninguna de aquellas inteligencias podía comprender la poesía, si se exceptuaba la señora de Bargetón. Todas aquellas personas privadas de emociones habían acudido engañándose á sí mismos acerca de la naturaleza del espectáculo que les esperaba. Existen palabras que, al igual que las trompetas, los timbales y loa tambores de los saltimbanquis, atraen siempre al público. Las palabras: gloria, belleza, poesía, poseen sortilegios que seducen á las almas más toscas. Cuando todo el mundo hubo llegado y cuando cesaron las charlas, aunque no sin mil advertencias hechas á los interruptores por el señor de Bargetón, que lo hacía á instancias de su mujer, Luciano se colocó ante la mesa redonda, al lado de Luisa, experimentando una violenta sacudida de alma. Primero anunció con voz turbada que, para no frustrar las esperanzas de nadie, iba á leer las obras maestras recientemente encontradas de un gran poeta desconocido. Aunque las poe-

sías de Andrés Chenier estuviesen publicadas desde el año 1819, nadie en Angulema había oído hablar de este poeta, y todo el mundo vió en tal anuncio un sesgo hallado por la señora de Bargetón para halagar el amor propio del poeta y conquistar la atención de los auditores. Luciano leyó primero *El joven enfermo*, que fué acogido con halagüeños murmullos, y luego *El ciego*, poema que encontraron largo aquellas almas vulgares. Durante la lectura, Luciano fué presa de uno de esos sufrimientos infernales que sólo pueden ser perfectamente comprendidos por eminentes artistas ó por aquellos que suplen al genio con un gran entusiasmo y una buena inteligencia. Lo mismo para ser leída que para ser escuchada, la poesía exige una santa atención, y entre el lector y el auditorio debe existir una alianza íntima, sin la cual no tienen lugar las eléctricas comunicaciones de los sentimientos. Si esta cohesión de las almas falta, el poeta se encuentra como un ángel que intentase cantar un himno celestial en medio de las risas irónicas del infierno. Ahora bien, en la esfera en que los hombres inteligentes desarrollan sus facultades, poseen la vista circunspectiva de la babosa, el olfato del perro y el oído del topo; y lo ven, lo sienten y lo oyen todo en su derredor. El músico y el poeta adivinan si son ó no admirados y comprendidos, con la misma facilidad con que una planta se seca ó revive en un terreno favorable ó desfavorable. Los murmullos de los hombres que sólo habían ido allí por sus mujeres y que hablaban de negocios, resonaban en los oídos de Luciano, cuyos ojos veían también los simpáticos hiatos de algunas mandíbulas violentamente entreabiertas, cuyos dientes le amenazaban con el desprecio. Cuando, semejante á la paloma del diluvio, intentó Luciano buscar un rincón favorable donde pudiese detenerse su vista, se encontró con las miradas impacientes de aquellas personas que pensaban evidentemente en aprovecharse de aquella reunión para tratar de negocios. A excepción de Rosa de Rastignac, de dos ó tres jóvenes y del obispo, todos los asistentes se aburrían. En efecto, los que comprenden la poesía procuran desarrollar en su alma lo que el autor ha puesto en germen en sus versos; pero aquellos auditores de hielo, lejos de aspirar el alma del poeta, no escuchaban siquiera sus acentos. Luciano sintió, pues, un desaliento tan profundo, que un sudor frío empapó su camisa. Una mirada de fuego que le dirigió Luisa le dió,

sin embargo, valor para acabar; pero su corazón de poeta sangraba por mil heridas.

—¿Encuentra usted esto divertido, Fifina?—dijo á su vecina la seca Lili, que tal vez esperaba oír prodigios.

—Querida mía, no me pregunte usted mi opinión, porque á mí se me cierran los ojos tan pronto como oigo leer.

—Espero que Nais no nos dará con frecuencia versos por la noche—dijo Francis;—porque yo, cuando oigo leer después de comer, la atención que me veo obligado á prestar me turba la digestión.

—¡Pobrecillo!—dijo Ceferina en voz baja—beba usted un vaso de agua con azúcar.

—Eso está muy bien declamado—dijo Alejandro;—pero á mí me gusta más el *whist*.

Al oír esta respuesta, que pasó por ocurrente á causa de la significación inglesa de la palabra, algunas jugadoras dijeron que el lector tenía necesidad de descanso. Con este pretexto, una ó dos parejas se fueron al gabinete, y Luciano, instado por Luisa, por la encantadora Luisa de Rastignac y por el obispo, llegó á despertar interés, gracias á la verbosidad contrarrevolucionaria de los yambos, que algunas personas aplaudieron sin comprender. Esta clase de gentes se dejan influir por la charlatanería, como los paladares toscos se excitan con los licores fuertes. Durante un momento en que se tomaron helados, Ceferina envió á Francis á ver el tomo, y dijo á su vecina Amelia que los versos leídos por Luciano estaban impresos.

—La cosa no tiene nada de particular—respondió Amelia con visible satisfacción.—El señor de Rubempré trabaja en casa de un impresor, y el hecho de imprimir sus versos viene á ser como si una mujer bonita se hiciese ella misma los trajes—dijo mirando á Lolote.

—Ha impreso él mismo sus poesías—se dijeron las mujeres.

—Pues entonces, ¿por qué se llama señor de Rubempré?—preguntó Jacobo.—Cuando se hacen trabajos manuales, el noble debe dejar su nombre.

—Y él también ha dejado el suyo, que era plebeyo—dijo Cicina;—pero lo ha hecho para tomar el de su madre, que es noble.

—Puesto que los versos están impresos, podemos leerlos nosotros mismos—dijo Astolfo.

Esta estupidez complicó la cuestión, hasta que Sixto del Chatelet se dignó decir á aquella ignorante asamblea que el anuncio que había hecho Luciano no era una precaución oratoria, y que las hermosas poesías que había leído al principio pertenecían á un hermano realista del revolucionario María José Chenier. La sociedad de Angulema, á excepción del obispo, de la señora de Rastignac y de sus dos hijas, que habían admirado aquella gran poesía, se creyó engañada y se dió por ofendida por aquella superchería, que promovió un sordo murmullo que no llegó á oídos de Luciano. Aislado de aquel mundo odioso por la embriaguez que le producía la melodía interior, el poeta veía las figuras como á través de una nube, leyó la sobria elegía acerca del suicidio y aquella otra que contiene este verso:

¡Cuán dulces son tus versos, cuánto amo repetirlos!

Por fin, terminó con el suave idilio titulado *Nereida*.

Sumida en delicioso éxtasis, con una mano en la cabeza, la otra colgando, los ojos distraídos y sola en medio de su salón, la señora de Bargetón se sentía, por la primera vez en su vida, transportada á la esfera que le era propia. Júzguese cuán desagradablemente despertada fué por Amelia, que se había encargado de expresarle la opinión pública, al oír estas palabras:

—Nais, nosotras habíamos venido para oír las poesías del señor Chardón, y ustedes nos dan versos impresos. Aunque esos trozos sean muy bonitos, por patriotismo, estas señoras hubieran preferido cosa del país.

—¿No les parece á ustedes que la lengua francesa se presta poco á la poesía?—dijo Astolfo al director de contribuciones.—Yo encuentro mil veces más poética la prosa de Cicerón.

—La verdadera poesía francesa es la poesía ligera, la canción—respondió Chatelet.

—La canción prueba que nuestra lengua es muy musical—dijo Adriano.

—Quisiera conocer los versos que han causado la pérdida de Nais—dijo Ceferina;—pero por la manera que ha tenido de acoger la petición de Amelia, me parece que no tendremos ese gusto.

—Ella misma debe tener interés en hacérselos recitar,

porque el genio de ese muchacho sería su única justificación—dijo Francis.

—A ver si logra eso usted, que ha sido diplomático—dijo Amelia al señor del Chatelet.

—Nada más fácil—exclamó el barón.

El antiguo secretario de órdenes, acostumbrado á estos manejos, se fué á buscar al obispo y le rogó que apoyase su demanda. Instada por monseñor, Nais se vió obligada á pedir á Luciano algún trozo que supiese de memoria, y el pronto éxito del barón en esta negociación le valió una lánguida sonrisa de Amelia.

—Decididamente, este barón es muy ocurrente—dijo ésta á Lolote.

Lolote se acordaba aún del dicho agridulce de Amelia, relativo á las mujeres que se hacían ellas mismas sus trajes, y le respondió sonriendo:

—¿Desde cuándo reconoce usted á los barones del Imperio?

Luciano había intentado deificar á su amada en una oda que le había dedicado bajo un título desarrollado por todos los jóvenes al salir del colegio, y esta oda, tanto tiempo acariciada y embellecida con todo el amor que sentía en el corazón, le pareció la única obra capaz de luchar con la poesía de Chenier. El poeta miró con aire un tanto fatuo á la señora de Bargetón, diciendo: «¡¡A ELLA!!», y después se dispuso á recitar su composición, sintiéndose sumamente halagado en su amor propio. En aquel momento, Nais descubrió su secreto á las mujeres, pues no obstante la costumbre que tenía de dominar á aquella gente con la superioridad de su inteligencia, no pudo menos de temblar por Luciano. Su actitud denotó molestia, sus miradas pidieron en cierto modo indulgencia, y se vió obligada á permanecer con los ojos bajos y á disimular su contento á medida que se iban leyendo las estrofas de una poesía alambicada, conceptuosa, llena de gloria, adoración y luz; en que los querubines de cabellera blanca descendían al mundo, mensajeros de Jehová; en que todas las ternezas hallaban su imagen representativa en pujos de sublimidad que delataban un estro ponderoso y altisonante, y la cual terminaba con una semitransparente alusión á la que había sido causa de que el poeta se elevase á regiones tan propicias para toda imaginación fecunda.

—¿Comprende usted ese equívoco?—dijo Amelia al señor del Chatelet, dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—¡Psé! son versos semejantes á los que hemos hecho todos al salir del colegio—respondió el barón, llevado de su afán de desempeñar el papel de hombre que no se asombra de nada.—Antaño nos daba por ocuparnos de las brumas oceánicas, y hablábamos de las Malvinas y de las Fingal, apariciones fantásticas que salían de sus tumbas rodeadas de una aureola de fama. Hoy, aquella jeringonza poética ha sido reemplazada por Jehová, los ángeles, las plumas de los serafines y toda la demás indumentaria del paraíso, adobada con las palabras inmenso, infinito, soledad, inteligencia. Son lagos, palabras de Dios, una especie de panteísmo cristianizado y enriquecido con rimas raras, penosamente rebuscadas, como esmeralda y espalda, pañuelo y abuelo, etc. En fin, que hemos cambiado de latitud: en lugar de estar al Norte, estamos á Oriente; pero las tinieblas siguen siendo espesas.

—Pues si la oda es oscura, en cambio la declaración me parece muy clara—dijo Ceferina.

Aunque la cortesía exigiese que todo el mundo alabase la oda, á causa de la señora de Bargetón, las mujeres, furiosas por no tener á su servicio un poeta que las tratase de ángeles, se levantaron como aburridas, murmurando con aire glacial:—*Muy bien, muy bonita, preciosa.*

—Si me quieres, no debes felicitar al autor ni á su ángel—dijo Lolote á su querido Adriano con aire despótico, al que tuvo que obedecer.

—Al fin y al cabo, todo eso son frases, y el amor no es más que una poesía en acción—dijo Ceferina á Francis.

—Cicina, acaba usted de decir una cosa que había pensado yo en ella muchas veces; pero que nunca hubiera sabido expresar con tanta delicadeza—repuso Estanislao, escudriñándose de la cabeza á los pies con acariciadora mirada.

—Daría cualquier cosa—dijo Amelia á del Chatelet—por rebajar el orgullo de Nais, que se hace tratar de arcángel como si fuese más que nosotras, y que nos encanalla haciendo que nos tratemos con el hijo de un boticario y de una enfermera, que trabaja en casa de un impresor, y que tiene una hermana planchadora.

—Pues, si el padre vendía pastillas contra las lombrices (*vers*)<sup>(1)</sup>, debía haber dado algunas á su hijo—dijo Jacobo.

—Vaya, veo que continúa el oficio de su padre, porque lo que acaba de darnos me parece una droga—dijo Estanislao tomando una de sus posturas más cargantes.—Droga por droga, las prefiero de otra clase.

En un momento todo el mundo se puso de acuerdo para humillar á Luciano con alguna frase llena de ironía aristocrática. Lili, la mujer piadosa, creyó ver una acción caritativa en el hecho de aconsejar á Nais, á fin de que no cometiese una locura, y Francis, el diplomático, se encargó de llevar á cabo esta estúpida conspiración, en la que todas aquellas almas pequeñas se interesaban como si se tratase del desenlace de un drama, viendo en ella una aventura más que comentar al día siguiente. El antiguo cónsul, sin preocuparse de si tendría ó no que batirse con un joven poeta á quien iba á dirigir una palabra insultante en presencia de su amada, comprendió que era preciso asesinar á Luciano con una arma sagrada que no diese lugar á la venganza, é imitando el ejemplo que le había dado el diestro Chatelet para lograr que Luciano leyese versos suyos, se fué á hablar con el obispo, fingiendo que participaba del entusiasmo que la oda de Luciano había inspirado á Su Grandeza, y le engañó haciéndole creer que la madre del poeta era una mujer superior dotada de gran modestia y que inspiraba á su hijo en todas sus composiciones. El mayor placer de Luciano era ver que hacían justicia á su adorada madre. Una vez que inculcó esta idea al obispo, Francis se abandonó á los azares de la conversación para lograr que monseñor dijese inocentemente la mortificante frase que él había meditado. Cuando Francis y el obispo se unieron al círculo cuyo centro ocupaba Luciano, aumentó la atención de las personas que le estaban haciendo beber la cicuta á pequeños tragos. Extraño por completo al trato de los salones, el pobre poeta sólo sabía mirar á la señora de Bargetón y responder torpemente á las torpes preguntas que le dirigían. Como ignoraba los nombres y la calidad de la mayor parte de las personas presentes, y no sabía qué conversación tener con mujeres que le decían tonterías que le causaban vergüenza, no sabía

(1) Para entender este dicho, hay que tener en cuenta que la palabra *vers* tiene en francés la doble significación de lombriz y de verso.

qué actitud tomar, y, por otra parte, se sentía á mil leguas de distancia de aquellas divinidades que tan pronto le llamaban señor Chardón como señor de Rubempré, mientras que ellas entre sí se decían Lolote, Adriano, Lili, Astolfo y Fina. Su confusión llegó al colmo cuando, habiendo creído que Lili era nombre de hombre, llamó señor de Lili al brutal señor de Senonches. El Nembrod interrumpió á Luciano con un: ¡Señor Luli? que hizo ponerse roja como la grana á la señora de Bargetón.

—Se necesita estar muy ciego para admitir aquí y presentarnos este muchachito—dijo el señor de Senonches á media voz.

—Señora marquesa—dijo Ceferina en voz baja á la señora de Pimentel, pero de manera que pudiese ser oída,—¿no encuentra usted un gran parecido entre el señor Chardón y el señor de Cante-Croix?

—El parecido es ideal solamente—respondió sonriendo la señora de Pimentel.

—La gloria tiene seducciones que se pueden declarar—dijo la señora de Bargetón á la marquesa,—y hay mujeres que se enamoran de la grandeza, como otras de la pequeñez—añadió mirando á Francis.

Ceferina no comprendió por qué consideraba muy grande á su amado; pero la marquesa convino con Nais y celebró su frase riéndose.

—¡Qué feliz es usted, caballero!—dijo á Luciano el señor de Pimentel, que se decidió á llamarle señor de Rubempré después de haberle llamado Chardón.—Usted no debe aburrirse nunca.

—¿Y tarda usted mucho en hacer sus trabajos?—le preguntó Lolote con el mismo tono con que hubiera preguntado á un carpintero si tardaba mucho tiempo en hacer una caja.

Luciano quedó aturdido al escuchar esta pregunta; pero levantó la cabeza cuando oyó que la señora de Bargetón le respondía sonriendo:

—Querida mía, la poesía no brota de la cabeza del señor de Rubempré como la hierba en nuestros prados.

—Señora—dijo el obispo á Lolote,—nunca será bastante el respeto que nosotros guardemos á esas almas nobles á quienes Dios ha comunicado uno de sus rayos. Sí, la poesía es una cosa santa. Quien dice poesía, dice sufrimiento.

¡Cuántas noches silenciosas no han costado las estrofas que usted admira! ¡Salude usted con amor al poeta que lleva casi siempre una vida desgraciada, y al que Dios ha reservado, sin duda, un lugar en el cielo entre sus profetas. Este joven es poeta—añadió colocando su mano sobre la cabeza de Luciano.—¿No ve usted cierta fatalidad impresa en esta hermosa frente?

Feliz al verse tan noblemente defendido, Luciano dió las gracias al obispo con una cariñosa mirada, sin saber que el digno prelado iba á ser su verdugo. La señora de Bargetón dirigió al círculo enemigo miradas triunfantes, que se hundieron, como otros tantos dardos, en el corazón de sus rivales, cuya rabia aumentó.

—¡Ah! monseñor—respondió el poeta esperando herir á aquellos imbéciles con su cetro de oro,—desgraciadamente, el vulgo no tiene vuestro ingenio, ni vuestra caridad. Nuestros dolores permanecen ignorados, y nadie conoce nuestros afanes. Le cuesta menos trabajo al minero extraer el oro de la mina, que á nosotros el arrancar nuestras imágenes de las entrañas del idioma más ingrato. Si el objeto de la poesía es colocar las ideas en el punto preciso en que el mundo pueda verlas y sentir las, el poeta tiene que recorrer incesantemente la escala de las inteligencias humanas á fin de satisfacer á todas; tiene que ocultar bajo los más vivos colores la lógica y el sentimiento, que son dos potencias enemigas, y tiene que encerrar todo un mundo de pensamientos en una palabra y reasumir filosofías enteras en una descripción; en fin, que sus versos son semillas cuyas flores tienen que brotar en los corazones buscando los surcos labrados en éstos por los sentimientos personales. ¿No es preciso haberlo sentido todo para poder expresarlo todo? ¿Y no es sufrir el sentir vivamente? He aquí por qué las poesías no nacen hasta después de haber emprendido penosos viajes á las vastas regiones del pensamiento y de la sociedad. ¿No son, indudablemente, trabajos inmortales aquellos á los que debemos criaturas cuya vida parece más auténtica que la de los seres que han vivido de veras, como la *Clarisa*, de Richardson; la *Camila*, de Chenier; la *Delia*, de Tibulo; la *Angélica*, del Ariosto; la *Francesca*, del Dante, la *Alceste*, de Moliere; el *Flgato*, de Beaumarchais, la *Rebeca*, de Walter Scott, y el *Don Quijote*, de Cervantes?

—¿Y qué nos creará usted?—le preguntó Chatelet.

—Anunciar tales concepciones, ¿no es darse tono de hombre de genio?—respondió Luciano.—Además, esos engendros sublimes exigen una larga experiencia del mundo y un estudio de las pasiones y de los intereses humanos, que yo no he hecho aún. Yo empiezo ahora—dijo con amargura, dirigiendo una mirada vengativa á los que le rodeaban,—y el cerebro tiene que alimentarse durante mucho tiempo...

—Su parto será entonces laborioso—dijo el señor de Hautoy, interrumpiéndole.

—Su excelente madre podrá ayudarle—dijo el obispo.

Esta frase tan hábilmente preparada y esta inesperada venganza hizo aparecer en todos los ojos un rayo de alegría y en todas las bocas una sonrisa de satisfacción aristocrática.

—Monseñor, en este momento resulta usted demasiado profundo, y estas damas no lo comprenden—dijo la señora de Bargetón, paralizándolo con esta sola frase todas las risas y atrayendo hacia sí todas las miradas.—Un poeta que se inspira en la Biblia tiene en la Iglesia una verdadera madre. Señor de Rubempré, recitenos el *San Juan en Pathmos* ó *El festín de Baltasar* para hacer ver á monseñor que Roma sigue siendo la *Magna parens* de Virgilio.

Las mujeres cambiaron una sonrisa al oír que Nais pronunciaba palabras latinas.

Al empezar la vida, ni los caracteres más animosos están exentos en ciertas ocasiones de abatimiento. Aquel golpe había anonadado en un principio á Luciano; pero se repuso en breve y juróse dominar á aquella gente, y como el toro cargado de banderillas, se levantó furioso, é iba á obedecer á la voz de Luisa declamando el *San Juan en Pathmos*; pero la mayor parte de las mesas de juego habían atraído á los jugadores, los cuales reanudaban sus hábitos y con ellos el placer que no les había procurado la poesía. Además, la venganza de tantos amores propios heridos no hubiera sido completa sin el desdén negativo que denotaron por la poesía indígena, abandonando á Luciano y á la señora de Bargetón. Todo el mundo pareció preocupado con sus asuntos: éste fué á hablar de un camino vecinal con el prefecto, y aquél habló de variar los placeres de la velada tocando un poco de música. Reconociéndose mal juez en materia de poesía, la elevada sociedad de Angulema sentía curiosidad, ante todo, por conocer la opinión de los Rastignac y de los Pimentel acerca de Luciano, y muchas personas se aproxi-

maron á ellos. La gran influencia que tenían en el departamento estas dos familias era siempre reconocida en las grandes circunstancias, y todo el mundo las envidiaba y las adulaba, porque todo el mundo preveía que necesitaban su protección.

—¿Qué le parece é usted de nuestro poeta y de sus versos?—dijo Jacobo á la marquesa.

—Para ser versos de provincia, no son malos—dijo esta dama sonriéndose.—Por otra parte, un poeta tan guapo no puede hacer nada malo.

Todo el mundo encontró adorable esta sentencia, y se complació en repetirla, atribuyéndole peor intención de la que en realidad había tenido la marquesa al pronunciarla. Después de ocurrido esto, rogóse al señor del Chatelet que acompañase al piano al señor de Bartas, el cual degolló la gran canción de Figaro; y una vez abierta la puerta á la música, fué preciso escuchar la romanza caballeresca hecha cuando el Imperio por Chateaubriand, cantada por Chatelet, y luego empezaron las tocatas á cuatro manos reclamadas por la señora de Brossard, que quería hacer brillar el talento de su querida Camila en presencia del señor de Severac.

La señora de Bargetón, ofendida por el desprecio que todo el mundo había demostrado al poeta, devolvió desdén por desdén y se fué al gabinete mientras tocaban el piano, siendo seguida allí por el obispo, que quería enmendar su torpeza, advertido ya por su gran vicario de la profunda ironía que encerraba su involuntario epigrama. La señorita de Rastignac, seducida por la poesía, se trasladó también al gabinete sin que su madre lo supiese. Sentándose en un canapé, adonde arrastró también á Luciano, Luisa pudo decirle al oído, sin ser vista ni oída:

—Angel querido, ¡no te han comprendido!; pero...

¡Cuán dulces son tus versos, cuánto amo repetirlos!

Luciano, consolado por este halago, olvidó por un momento sus dolores.

—La gloria siempre es cara—le dijo la señora de Bargetón tomándole una mano y estrechándosela.—Sufra, sufra usted, amigo mío, y sus dolores serán el precio de su inmortalidad. ¡Cuánto me gustaría á mí tener que soportar los

trabajos de una lucha! ¡Dios le libre de una vida insípida y sin combates, donde las alas del águila no encuentran bastante espacio para volar! Envidio sus sufrimientos, porque usted, al menos, vive; desplegará sus fuerzas y podrá esperar una victoria. ¡Su lucha será gloriosa! Cuando haya llegado usted á la esfera imperial donde reinan las grandes inteligencias, acuérdesse de los pobres desheredados por la suerte, cuya inteligencia se aniquila bajo la presión de un azote moral, que perecen después de haber sabido constantemente lo que era la vida sin poder vivir, que han tenido ojos penetrantes y que no han visto nada, y que estando dotados de delicado olfato, sólo han olido flores pestilentes. Cante usted entonces la vida de la planta que se seca en el fondo de un bosque, ahogada por lianas y por vegetaciones parásitas, sin haber sido amada por el sol, y que mueren sin haber florecido. ¿No sería un poema horriblemente melancólico el que versase sobre asunto tan fantástico? ¿Hay composición más sublime que la descripción de una joven nacida bajo los cielos del Asia, ó de alguna muchacha del desierto transportada á un frío país de occidente, donde lloraría el sol de su país y donde se vería igualmente aniquilada por el frío y por el amor? Este sería el tipo de muchas existencias.

—De este modo, describiría usted también el alma del que se acuerda del cielo, un poema que debe haber sido hecho antaño, y del cual debió formar parte, al menos yo me complazco en creerlo, el *Cantar de los cantares*.

—Emprenda usted esa obra—dijo Laura de Rastignac, dando á entender su sencilla creencia en el genio de Luciano.

—A Francia le falta un gran poema sagrado—dijo el obispo.—Créame usted, la gloria y la fortuna pertenecerán al hombre de talento que trabaje por la religión.

—La emprenderá, monseñor—dijo la señora de Bargetón con énfasis.—¿No ve usted ya la idea del poema despuntado en sus ojos como un rayo de la aurora?

—¡Caramba! ¡qué bien nos trata Nais!—dijo Fifina.—¿Dónde se ha metido?

—¿No la oye usted?—respondió Estanislao.—Engolfada en sus discursos, que no tienen pies ni cabeza.

Amelia, Fifina, Adriano y Francis parecieron en la puerta del gabinete, acompañando á la señora de Rastignac, que iba á buscar á su hija para marcharse.

—Nais—dijeron las dos mujeres, encantadas de poder destruir el apartado del gabinete,—¿sería usted tan amable que quisiera tocarnos alguna pieza al piano?

—Querida mía—respondió la señora de Bargetón,—el señor de Rubempré va á recitarnos su *San Juan en Pathmos*, magnífico poema bíblico.

—¿Bíblico?—repitió Fífina asombrada.

Amelia y Fífina se trasladaron al salón, para comunicar aquella nueva, como materia que se prestaría á la risa. Luciano se excusó de recitar el poema, alegando su falta de memoria, y cuando volvió á presentarse en el salón, no despertó en él el menor interés. Todo el mundo charlaba ó jugaba. El poeta había sido despojado de su aureola, y los propietarios, no viendo en él nada útil y considerándole como un poder hostil á su ignorancia, y sintiéndose, por otra parte, celosas de la señora de Bargetón las mujeres, le dirigían miradas fríamente desdeñosas.

—He aquí lo que es el mundo—se dijo Luciano cuando bajaba al Houmeau por las cuestas de Beaulieu, pues hay instantes en la vida en que se prefiere el camino más largo, á fin de impedir con la marcha el movimiento de las ideas que á uno le asaltan, y acerca de las cuales se siente uno inclinado á filosofar.

Lejos de desanimarse, Luciano recobraba nuevas fuerzas movido por la rabia del ambicioso rechazado. Como todas las gentes llevadas por su instinto á una esfera elevada adonde llegan antes de poder sostenerse en ella, el poeta se prometía todo para frecuentar la alta sociedad. Mientras caminaba, hablaba consigo mismo, procuraba arrancarse los dardos envenenados que había recibido, remedaba á los necios con quienes había hablado, encontraba respuestas acerbadas para las estúpidas preguntas que le habían hecho, y se desesperaba al ver que se le ocurrían después de haber pasado la oportunidad. Al llegar á la carretera de Burdeos, que serpentea en la falda de la montaña y costea las orillas del Charente, creyó ver, á la claridad de la luna, á Eva y David sentados en una viga á orillas del río y cerca de una fábrica, y se encaminó hacia ellos por un sendero.

Mientras Luciano corría á sufrir su tortura á casa de la señora de Bargetón, su hermana se había puesto un traje de percalina de color rosa á rayas, un sombrero de paja y un pequeño chal de seda, indumentaria sencilla que en ella

resultaba lujosa, como ocurre en todas las personas cuya grandeza natural realza el valor de lo que visten. Esta era la razón de que David se amilanase de un modo atroz cuando ella se quitaba su traje de trabajo. Aunque el impresor estuviese resuelto á hablar de sí mismo, no supo qué decir cuando dió el brazo á la hermosa Eva para atravesar el Houmeau. El amor se complace en demostrar estos respetuosos terrores, semejantes á los que causa la gloria de Dios á los fieles. Los dos amantes marcharon silenciosamente hacia el puente de Santa Ana, á fin de ganar la orilla izquierda del Charente. Eva, que encontró molesto aquel silencio, se detuvo en medio del puente para contemplar el río, que forma un gran espejo de agua donde el sol poniente reflejaba entonces sus oblicuos rayos.

—¡Qué tarde más hermosa!—dijo Eva, buscando materia de conversación.—El aire es á la vez tibio y fresco, las flores perfuman la atmósfera, y el cielo no tiene una nube.

—Todo habla al corazón—respondió David procurando referirse á su amor por analogía.—Para las personas que aman, existe un placer infinito en buscar en los accidentes del paisaje, en la transparencia del aire y en los perfumes de la tierra la poesía que ellos tienen en el alma. La naturaleza habla por ellos.

—Y les desata también la lengua—dijo Eva riéndose.—Estaba usted muy silencioso mientras atravesamos el Houmeau. ¿Sabe usted que me encontraba molesta?

—La veía á usted tan hermosa, que estaba sobrecogido—respondió sencillamente David.

—¿Es que no lo estoy ahora tanto?—le preguntó ella.

—Sí que lo está; pero me considero tan feliz pudiendo pasearme solo con usted que...

Al decir esto, se detuvo azorado y miró las colinas por donde bajaba la carretera de Saintes.

—Si encuentra usted un placer en este paseo, yo lo celebro en el alma, porque me creo obligada á pagarle de algún modo el sacrificio que usted ha hecho por mí. Negándose á ir á casa de la señora de Bargetón, ha sido usted tan generoso como Luciano arriesgándose á enfadarse con ella á causa de su petición.

—No ha sido generosidad, sino prudencia—respondió David.—Ahora que estamos solos, sin más testigos que el cielo, los cañaverales y los zarzales que bordean el Cha-

rente, permítame usted, querida Eva, que le exprese algunas de las inquietudes que me causa la conducta de Luciano. Después de lo que acabo de decirle, espero que mis temores le han de parecer un exceso de amistad. Usted y su madre han hecho todo lo posible para elevarlo; pero ¿no lo habrán encaminado á experimentar grandes sufrimientos excitando su ambición? ¿Cómo se sostendrá en el mundo á que le conllevan sus gustos? Yo le conozco y sé que es capaz de querer recoger la gloria sin trabajo. Los deberes de sociedad le devorarán el tiempo, y el tiempo es el principal capital de las gentes que tienen su inteligencia por toda fortuna; le gusta brillar, el mundo excitará sus deseos, gastará el dinero y no ganará nada; en una palabra, que le han acostumbrado ustedes á creerse grande, y el mundo, antes de reconocer superioridad en un hombre, le exige indiscutibles éxitos. Ahora bien, los éxitos literarios no se conquistan más que en la soledad y mediante obstinados trabajos. ¿Qué dará la señora de Bargetón á su hermano, en cambio de tantos días pasados á sus pies? Luciano es demasiado altivo para aceptar socorros suyos, y nosotros sabemos que él es demasiado pobre para frecuentar una sociedad que resulta doblemente ruinosa. Tarde ó temprano, esa mujer abandonará á nuestro querido hermano después de haberle hecho perder el gusto por el trabajo y después de haber desarrollado en él la afición al lujo, el desprecio por nuestra vida sobria, el amor á los goces y la afición á la ociosidad, ese corrosivo de las almas poéticas. Sí, mucho me temo que esa gran dama no quiera divertirse con Luciano como con un juguete, porque, ó ella le ama sinceramente, y eso le hará olvidarlo todo, ó no le ama, y entonces le hará desgraciado, porque él está loco por ella.

—¡Me llena usted de espanto!—dijo Eva apoyándose en la barandilla del Charente.—Pero mientras mi madre tenga fuerzas para ejercer su penoso oficio y mientras yo viva, los productos de nuestro trabajo bastarán tal vez para los gastos de Luciano y le permitirán esperar el momento en que comience su fortuna. Y á mí no me faltará nunca valor, porque la idea de trabajar para una persona amada quita al trabajo toda su amargura. Yo me considero feliz al ver por quién me tomo tanta molestia, si es que en realidad es molestia lo que hago. Sí, no tema usted nada, nosotros ganaremos bastante dinero para que Luciano pueda

frecuentar el mundo, donde es seguro que hará fortuna.

—¡Quién sabe! Acaso sea su perdición—repuso David.—Escúcheme usted, querida Eva. La lenta ejecución de las obras del genio exige una fortuna considerable adquirida ya, ó el sublime cinismo de una vida pobre. Créame usted, Luciano siente tal horror por las privaciones de la miseria; ha saboreado con tanta complacencia el aroma de los festines y el incienso de los éxitos, y su amor propio se ha desarrollado de tal modo en el gabinete de la señora de Bargetón, que lo intentará todo antes de darse por vencido, y, por otra parte, los productos de su trabajo no estarán nunca en relación con sus necesidades.

—¿De modo que es usted un falso amigo?—exclamó Eva desesperada.—De no ser así, no nos desanimaría usted de ese modo.

—¡Eva, Eva!—respondió David.—Quisiera ser hermano de Luciano, y usted sola puede darme ese título, que le permitiría aceptarlo todo de mí y que me daría derecho para sacrificarme por él con el mismo amor con que usted lo hace, pero empleando el discernimiento del calculador. Eva querida, haga usted que Luciano tenga un tesoro del que pueda disponer sin vergüenza. ¿No será la bolsa de un hermano como la suya propia? ¡Si usted supiese todas las reflexiones que me ha sugerido la nueva posición de Luciano! Para seguir yendo á casa de la señora de Bargetón, el pobre muchacho no debe seguir siendo mi regente ni debe vivir en el Houmeau, usted no debe seguir siendo obrera y su madre no debe continuar ejerciendo su oficio. Si usted consintiese en ser mi mujer, todo se allanaría: Luciano podría vivir en el segundo piso de mi casa, mientras yo le construiría una habitación en el patio, á menos que mi padre no quiera levantar otro piso. De este modo le procuraríamos una vida independiente y sin cuidados. Mi deseo de sostener á Luciano me dará un valor tal para hacer fortuna, como no lo tendría si se tratase de mí solo; pero usted sola puede autorizar mi abnegación. Acaso llegue un día en que tendrá que ir á París, único teatro donde puede prosperar y donde sus talentos serán apreciados y retribuidos; la vida de París es cara, y seremos tres para sostenerle. Además, ¿no necesitarán un apoyo lo mismo usted que su madre? Querida Eva, cásese usted conmigo por amor á Luciano. Más tarde, tal vez me ame usted al ver los esfuerzos que yo he de hacer para ser-

virla y para hacerla feliz. Ambos somos igualmente modestos en nuestras aficiones, tendremos bastante con poco, la dicha de Luciano será nuestro gran objeto y su corazón pasará á ser el arca donde encerraremos fortuna, sentimientos, sensaciones, todo.

—Las conveniencias nos separan—dijo Eva emocionada, al ver cuán pequeño se hacía aquel gran amor.—Usted es rico y yo pobre, y es preciso amar mucho para vencer semejante dificultad.

—¿De modo que aun no me ama usted lo bastante?—exclamó David aterrado.

—Su padre de usted tal vez se opondría...

—Bueno, bueno, si no se trata más que de mi padre, será usted mi mujer. Eva, mi querida Eva, en este momento acaba usted de hacerme la vida soportable. ¡Ay de mí! ¡cuánto me pesaban en el corazón ciertos sentimientos que no podía ni sabía expresar! Dígame usted únicamente que me quiere un poco, y yo tendré el valor necesario para hablarle de todo lo demás.

—A decir verdad—le contestó ella,—me hace usted sentir en este momento rubor. Pero, puesto que nos confiamos nuestros sentimientos, le diré que en mi vida había pensado en otro hombre que usted, y que le consideré desde el primer día como digno de poseer á cualquier mujer, sin atreverme á esperar para mí, que soy una pobre obrera, tan gran porvenir.

—¡Basta, basta!—dijo David, sentándose en la estacada, adonde habían vuelto de nuevo, pues iban y venían como locos, recorriendo el mismo espacio.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Eva, expresando por primera vez esa graciosa inquietud que las mujeres sienten por un ser que les pertenece.

—Nada de malo—dijo David.—Al contemplar en lontananza toda una vida feliz, mi alma se ha sentido deslumbrada. ¿Por qué soy yo el más venturoso?—añadió con melancolía.—Pero sí, ya lo sé.

Eva miró á David con un aire zalamero y dudoso que exigía una explicación.

—Eva querida, yo recibo más de lo que doy; de suerte que la querré á usted siempre más de lo que usted me quiera, porque tengo más razones para amarla: usted es un ángel, y yo soy un hombre.

—Yo no soy tan sabia—respondió Eva sonriéndose,—pero le quiero á usted bien.

—¿Tanto como á Luciano?—dijo el impresor interrumpiéndola.

—Bastante para ser su mujer, para consagrarme á usted y no causarle ninguna pena durante la vida, un tanto penosa, que tendremos que hacer al principio.

—Eva querida, ¿había usted notado que yo la quería desde el primer día en que la vi?

—¿Cuál es la mujer que no sabe que es amada?

—Déjeme usted disipar los escrúpulos que le causa mi pretendida fortuna. Eva mía, yo soy pobre; sí, mi padre se ha complacido en arruinarme, y ha especulado con mi trabajo, cómo hacen muchos pretendidos bienhechores con sus protegidos. Si yo llego á ser rico, será por usted. Esto no son palabras de amante, sino una seria reflexión de pensador. Me creo en el deber de hacerle conocer mis defectos, que son enormes para un hombre que tiene que hacer fortuna. Mi carácter, mis costumbres y las ocupaciones que me agradan me hacen impropio para todo lo que es comercio y especulación, y, sin embargo, nosotros no podemos llegar á ser ricos á no ser ejerciendo alguna industria. Si yo soy capaz de descubrir una mina de oro, en cambio me considero inhábil para explotarla. Pero usted, que por amor á su hermano, ha descendido á los detalles más insignificantes, tiene el genio de la economía y la paciente atención del verdadero comerciante, y recolectará la mies de lo que yo habré sembrado. Nuestra situación (pues yo hace ya tiempo que conozco la de ustedes) me oprime de tal modo el corazón, que he empleado muchos días y muchas noches en buscar una ocasión de hacer fortuna. Mis conocimientos en química y la observación de las necesidades del comercio me han colocado en la senda de un descubrimiento lucrativo, del cual no puedo aún decirle á usted nada, porque preveo que va para largo. Tal vez sufriremos durante algunos años; pero yo acabaré por encontrar los procedimientos industriales cuya pista no soy solo en seguir, y que, si llego el primero, nos han de procurar una gran fortuna. No he dicho nada á Luciano, porque su carácter ardiente lo echaría á perder todo, y convertiría mis esperanzas en realidades, viviría á lo gran señor y tal vez se endeudaría. Así es que guárdeme usted el secreto. Su